



Fig. 506. — Sillón de mármol en el teatro de Atenas.

tendríamos que añadir algo de las tumbas, aunque reina gran eclecticismo en esta época respecto á la inhumación de cadáveres; cada región de esta nueva Grecia cosmopolita sigue practicando sus antiguos usos funerarios. Atenas continúa sus enterramientos en el Cerámico, con las estelas tradicionales, sólo que los

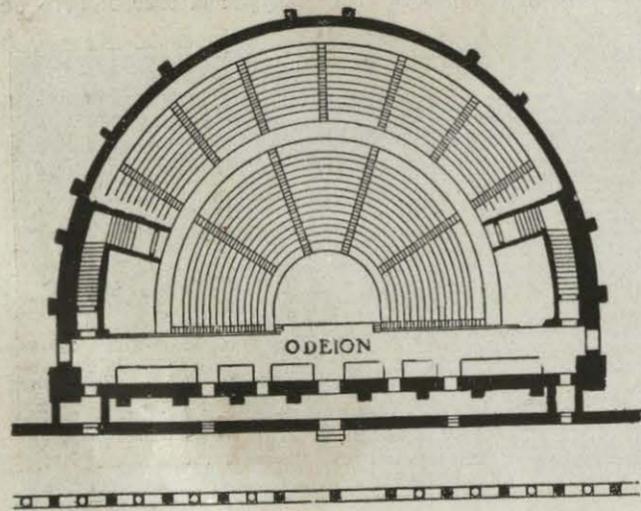


Fig. 507. — Planta del Odeón, de Atenas.

asuntos se hacen cada vez más insignificantes, disminuyendo el patético interés de las escenas esculpidas. A veces los mismos antiguos temas, como el del despido eterno, aparecen en relieves pequeños, debajo de una profusa ornamentación de acantos (fig. 508); otras veces los motivos son puramente de-

toda la Grecia propia, según asevera Pausanias, el mayor teatro era el del santuario de Esculapio, en Epidauro, cuyas ruinas ya hemos dicho que han sido excavadas estos últimos años por la Sociedad Arqueológica de Atenas (fig. 504).

Otro edificio algo distinto de un teatro era el Odeón, destinado á las fiestas musicales; el de Atenas, construído por Pericles, fué reedificado por Herodes Atico, y las ruinas de sus graderías y de la pared de la escena se ven aún al pie de la Acrópolis (fig. 507). La escena tiene menos profundidad, pero las graderías se hallan dispuestas en semicírculo como en los teatros.

Para completar la idea de una ciudad helenística, expresamente hemos dejado para lo último hablar de los templos, porque son los edificios religiosos los que siempre guardan con más escrupulosidad las tradiciones establecidas; pero en esta época de gran renovación de las formas arquitectónicas, hasta las construcciones religiosas hubieron de participar del cambio que se operaba. La fe más filosófica, casi panteísta, de estos tiempos, además del culto de los dioses individuales, dió origen al gusto por los grandes altares ricamente decorados, cual cumple á una construcción hecha en puro holocausto á la divinidad. Los altares estaban antiguamente delante de los templos, eran una reminiscencia del altar micénico, puesto en el patio delante del megaron; pero en esta época se edifican altares de dimensiones gigantescas, aislados, enormes basamentos á veces decorados con relieves, para demostrar con su magnificencia la piedad que sentían sus constructores por la nueva concepción de Júpiter, padre de los cielos y la tierra. Hablaremos, al tratar de Pérgamo, de su gran altar con los relieves del combate de los gigantes; pero conviene recordar que aras inmensas las había también en Magnesia y que pueden verse aún los enormes restos de los altares de Siracusa y de Poestum, de esta época helenística.



Fig. 508. — Estela funeraria. ATENAS.

corativos, como maravillosos jarros, que recuerdan la urna cineraria (fig. 509). En el Asia las tumbas monumentales del género del Mausoleo van repitiéndose en formas simples, de un basamento cuadrado ó circular; hasta en Sicilia se adopta este tipo, como en la llamada tumba de Terón, en Agrigento. Esta sencilla torre, con su puerta siempre cerrada en el piso superior, de forma algo piramidal, con su cuerpo alto más estrecho que el inferior, da una impresión muy propia de sepulcro. La fotografía que de el a reproducimos, en su estado actual (fig. 510), muestra una puerta moderna abierta abajo. Los romanos adoptaron este modelo de tumba en forma de torre, como el de los sarcófagos, también orientales. Muchas ciudades del Asia tienen gran abundancia de sarcófagos helenísticos; hasta en los primeros tiempos del cristianismo se hacía un gran comercio en Roma con los sarcófagos del Asia.



Fig. 509. — Jarrón funerario. ATENAS.



Fig. 510. — Tumba de Terón.  
AGRIGENTO.

lastras adosadas con capiteles de estuco, de estilo jónico.

Del Asia y del Egipto, pero sobre todo de las ciudades griegas del Asia, llegaban por esta época las ideas y los nuevos principios de arquitectura; por

esto resulta tan importante seguir el proceso en Oriente de los caracteres que tuvieron allí los estilos clásicos durante el período helenístico.

El orden dórico, cuando se adoptaba en Asia, era siempre secamente interpretado; los capiteles, en lugar de su moldura curva, llamada equino, tenían una sección recta, y las columnas, que en el orden dórico tradicional eran más cortas y más próximas, se hicieron mucho más delgadas y separadas. El capitel corintio tampoco logró el favor de los arquitectos griegos del Asia; tenían que llegar los tiempos del fausto imperial romano para que fuese empleado con propiedad en las espléndidas construcciones de mármoles y frisos decorados, á los que el capitel de acanto debía acompañar perfectamente.

Un ejemplo que será siempre modelo del orden corintio de esta época, es el del templo de Júpiter ú Olimpeión, de Atenas; pero, en cambio, parece que Hermógenes, el arquitecto autor de un tratado de arquitectura del que Vitrubio hubo de copiar, se declaraba enemigo del capitel corintio. La casi monomanía arquitectónica de los pueblos del Asia se manifiesta también por el gusto de los tratados ó escritos dando reglas y preceptos de construcción. El más famoso de todos era el de este Hermógenes,

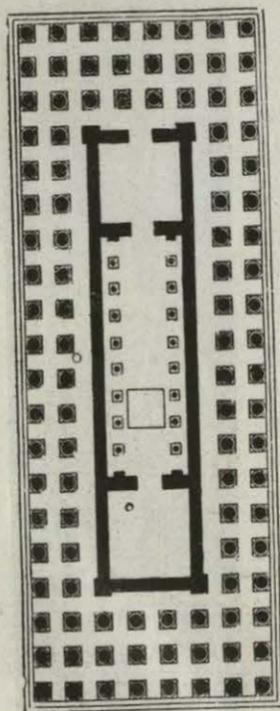


Fig. 511. — Planta del templo  
de Mileto.

La vida municipal necesitaba, sin embargo, templos para los dioses locales y éstos fueron construídos según los antiguos modelos clásicos. Reconócese cierta propensión á las formas asiáticas, como el Olimpeión de Atenas y el templo de Apolo Didimeo, en Mileto, colosal construcción también hípetra: esto es, con un inmenso patio central abierto y tres hileras de columnas en la fachada (fig. 511). El templo de Apolo, en Mileto, así como el de Juno, en Samos, y el de Diana, en Éfeso, eran octástilos los tres y los mayores monumentos de Jonia. La excavación del templo de Mileto ha sido difícilísima, porque el suelo se ha convertido hoy en pantano, pero resulta posible reconocer la planta y quedan aún en pie tres columnas que permiten restablecer el alzado. En el interior del patio había unas pi-

y la circulación de su obra, comprobada en Italia, servirá para establecer los orígenes del arte romano. Desde esta época las ciudades jónicas empiezan ya á proveer de arquitectos, ó á lo menos de ideas sobre construcción, al lejano Occidente. Hermógenes es el primer caso de esta constante acción del elemento griego oriental en Roma y en Bizancio para la arquitectura, el precursor de Apolodoro de Damasco, que construyó el Foro Trajano, y de los dos arquitectos de Santa Sofía, también asiáticos. Algunos de los templos republicanos de Roma son de orden jónico, el estilo helenístico del Lacio parece haber aprendido y practicado los preceptos de Hermógenes. Había, pues, el mayor interés, ya que no se podían conocer los escritos perdidos de Hermógenes, en aclarar por lo menos lo qué eran sus edificios, y se fundaban grandes esperanzas en la excavación de su obra maestra, el templo de Diana en Magnesia. Su descubrimiento hizo sospechar que la obra literaria de Hermógenes acaso sería una revelación del mérito de sus construcciones. El templo de Magnesia presenta muchas innovaciones y no todas de buen gusto, como tres ventanas en los frontones en lugar de esculturas. Era octástilo, y las dos columnas centrales están más separadas, como ya se había hecho en otras partes; la *cella* es pequeña, y, en cambio, la antesala ó pronaos excesivamente grande y separada del exterior por medio de columnas enlazadas hasta cierta altura con un muro, como era ya costumbre en el Egipto, y como vemos también en el templo de Priene. Hermógenes, reuniendo, pues, en sus libros la experiencia de la antigüedad, quiso en los edificios combinarla genialmente por cuenta propia. Es lo mismo que pasa con Vitrubio, que tuvo necesidad de describir minuciosamente su basílica de Fano porque se apartaba ya demasiado del tipo tradicional.

El empeño de los arquitectos helenísticos en separarse de las formas establecidas, lo demuestra también el citado templo de Minerva en Priene, en el que Pytios, el director de la obra, dejó el entablamento jónico sin friso ninguno, esto es, la cornisa apoyándose caprichosamente sobre el arquitrabe (fig. 498). Sin embargo, el capitel del templo de Priene hizo fortuna en Italia; ya veremos que los empleados en los primitivos templos republicanos de Roma son del mismo tipo, con unas palmetas al lado de las volutas; hoy se empiezan á comprender claramente las causas de estas semejanzas, porque Roma, más que del arte griego puro, aprendió de los modelos helenísticos de la Jonia.

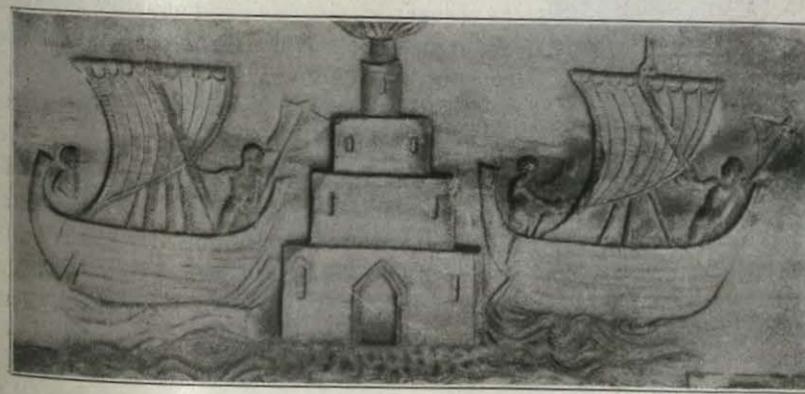


Fig. 512. — El faro de Alejandría. Relieve de la Catedral de Pisa.

Todo lo que en los períodos anteriores aparecía tímidamente, en la época helenística va haciéndose más común; así, por ejemplo, los edificios circulares, que tenían sus antecedentes en la construcción griega de los *Tholos*, como el de Epidauro y el Filipeión, son cada vez más grandes y algunos debían estar cubiertos con bóveda, como el edificio circular de los misterios en Samotracia.

Desgraciadamente, para el estudio de este período hemos de valernos demasiado de los datos que proporcionan las ciudades secundarias. Nada conocemos de las grandes capitales de los nuevos reinos de los generales de Alejandro, que debían ser los centros principales de la producción artística. Seleucia, por ejemplo, colocada en el lugar de convergencia del Eufrates y el Tigris, en la intersección del Oriente y del Occidente, debía ser lugar favorabilísimo para la creación de los nuevos tipos. Algo sospechamos del importante papel que para el arte desempeñó Antioquía, la capital del reino de Siria, que aun en la época romana era considerada como la tercera ciudad del mundo, después de Roma y Alejandría. Allí debió comenzar á formarse una escuela poderosa, que más tarde tenía que influir en los primeros orígenes del arte bizantino, pero nada sabemos positivamente de sus palacios y grandes construcciones. Sin embargo, más sensible es aún la ignorancia en que nos hallamos

acerca de Alejandría, ciudad más moderna, centro de una corte intelectual y de refinado espíritu, tan parecida á una capital de nuestros días, emporio de la curiosidad mística y científica, del amor y del arte.

Las descripciones literarias nos permiten conocer muy poco de su biblioteca famosa y el museo, y del palacio real, que ocupaba casi la cuarta parte de la ciudad, y en el que sabemos por Teócrito se celebraban suntuosas fiestas. El ingrato suelo del Delta del Nilo no ha conservado ninguna ruina importante y las excavaciones son imposibles en Alejandría, porque la ciudad moderna ocupa el mismo lugar de la antigua. Sólo por estar reproducida en monedas y relieves ha sido fácil restaurar idealmente la torre del famoso faro, que era considerado como una de las siete maravillas del mundo (fig. 512).

El faro de Alejandría era una torre con pisos, de base cuadrada abajo y octogonales arriba, de forma como un zigurat caldeo. Es muy posible que estas torres de los faros fueran los tipos monumentales que después copiaron los árabes para sus minarettes.

La única capital que conocemos perfectamente es Pérgamo, centro del más pequeño de todos los Estados macedónicos del Asia. La ciudad, excavada por diligencia del Museo de



Fig. 513.—La Victoria de Samotracia.  
(Museo del Louvre)

Berlín, ha proporcionado datos importantes sobre la arquitectura y escultura de esta época. Era, sin embargo, Pérgamo, comparada con Alejandría y Antioquía, una capital en miniatura. Las casas estaban al pie de una montaña de rápida pendiente, donde las terrazas sostenían los diversos edificios públicos, monumentales: el teatro, la basilica, la biblioteca, un gran altar y los templos, y en la cúspide dos palacios reales: uno, más antiguo, menor, y otro del mismo tipo, algo más grande. La planta de los palacios reales de Pérgamo no se diferenciaba mucho de las viviendas particulares, tan sólo el patio porticado era mucho mayor; como el claustro de un monasterio de la Edad media, tenía en sus lados todas las dependencias. Aunque el palacio real de Pérgamo no puede indicarnos nada de lo que debían ser las grandes residencias reales de Antioquía y Ale-

andría, es importante observar cómo en esta habitación del monarca, aun en el último período de la vida griega, persiste la disposición del patio de los palacios de Tirinto y Creta, con el *triclinium*, en vez del *megarón*, para lugar de reuniones y comedor. Es posible, sin embargo, que en los palacios de Seleucia, vecinos del Oriente, las residencias helenísticas se asemejaran más á los antiguos palacios asirios y á las apadanas persas.

La evolución de las formas griegas en el período helenístico, más bien que en la arquitectura, puede seguirse en la escultura.

Los antiguos tipos se hacen más vivos y personales. Es un ejemplo característico de esta evolución la maravillosa estatua de la Victoria de Samotracia, erigida, según sabemos por el cuño de una moneda, por Demetrio de Siria, en conmemoración de su triunfo sobre Tolomeo, el año 306 antes de J.C. (fig. 513). La diosa, en la proa de una nave, y llevando en la mano un trofeo arrancado al enemigo, con el cuerpo hacia adelante, desafía el viento contrario, que azota los pliegues del vestido con aquel sacudir característico de la brisa marina. ¿Quién diría que esta estatua, tan fina en todos sus detalles, volando materialmente y haciendo con su impulso hasta avanzar la trirreme del rey de Siria, es la descendiente directa de aquella primera Victoria de Akermos, que para volar tenía que arrodillarse en el suelo? Los escultores de la Jonia modifican así, con su arte gracioso, los tipos tradicionales, pero el antiguo centro artístico de Atenas debió sobrevivir, reproduciendo las grandes obras maestras que se conservaban en



Fig. 514.—Busto de Venus, descubierto en Madhia.  
(Museo de Tínez)

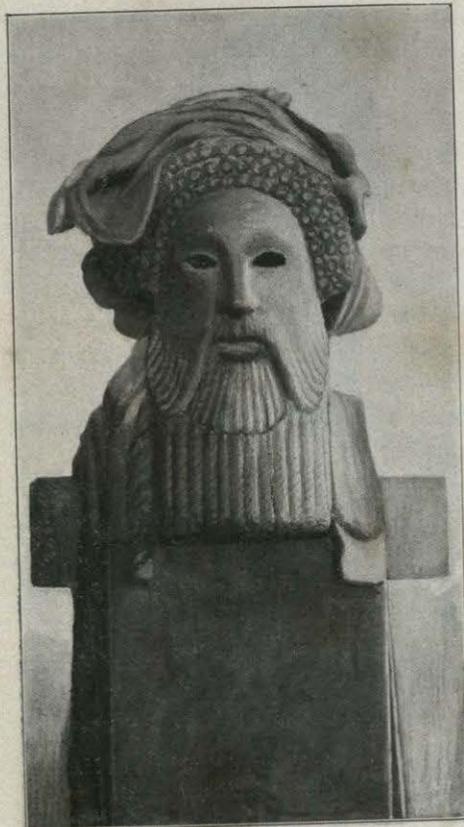


Fig. 515.—Cabeza de Dionisos, por Boetas.  
(Museo de Túnez)

dría y el Oriente eran más estimadas las Venus de gruesas formas (fig. 514).

Esta es la época de Venus y el Amor, hasta en los extravíos de la naturaleza, como manifiestan las innumerables esculturas del hermafrodita. Las antiguas divinidades son cada vez más olvidadas; apenas si se representa á Júpiter algunas veces como un viejo señor del mundo, ó se le convierte en Asclepios, confundido con Esculapio. Lo único que se crea ó perfecciona es tan sólo el tipo siempre más sensual de Baco ó Dionisos (fig. 515). Dionisos era una divinidad asiática, que parece natural que se helenizara en esta época. Una de las representaciones más antiguas de Dionisos es el busto, firmado por Boetas, que se

la ciudad. Empieza en esta época en Atenas la industria de las copias; un barco cargado de estatuas, encontrado en el fondo del mar en Madhia, cerca de Túnez, procedía de Atenas, y la especial calidad de su cargamento nos ha enterado de las obras de arte que reproducían preferentemente los escultores de Atenas. El ateniense Glicón, que firma como autor el Hércules apoyado en una maza, del Museo de Nápoles, debía reproducir un tipo de Lisipo. Las copias muchas veces son tan libres que llegan á tener cierta originalidad, como la Venus de Médicis, reproducción de la de Praxiteles, pero con la variante de estar representada, no al salir del baño, con el jarro y el ropaje, sino excusando su desnudez por el acto de nacer de las ondas, con un amorcillo y un delfín. (Lám. XXIV). Las Venus son cada vez más sensuales y hasta lúbricas; hizo fortuna un tipo de diosa con una rodilla en tierra y la otra pierna doblada; en Alejan-



Fig. 516.—Furia dormida. (Museo Termas). ROMA.



FOT. ADHAR.

Venus de Médicis (Galería de los Uffizi).



FOT. NEUE PHOTOGRAPHISCHES GESELLSCHAFT.

Venus de San Petersburgo (M. del Ermitage).



FOT. NEUE PHOTOGRAPHISCHES GESELLSCHAFT.

Venus y el Amor del Louvre.



Afrodita (Glyptoteca de Munich).



FOT. ANDERSON.

Venus Capitolina (Museo del Capitolio).